

# Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica  
Antología 1917 - 2000

Ampuero  
Beleván  
Calderón-Fajardo  
Cueto  
Castro  
Dughi  
Fernández  
Iwasaki

## Capítulo 9

Ortega  
Oviedo  
Pollarollo  
Prochazka  
Ribeyro  
Sala  
Sánchez Aizcorbe  
Silva-Santisteban  
Thays  
Tord  
Vidal

Primera edición: abril de 2002

*Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento*

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

## ELIANA Y EL TIGRE DEL SUR

Solo un endeble tabique separó el cuarto de Eliana del mío. Entre el delgado muro de madera triplay, cartón prensado, fina línea entre dos soledades: intu-yéndonos, adivinándonos, afinábamos el oído. Él había entrado definitivamente al cuarto de Eliana a vivir como un mueble, como ocupando una pared desde donde era visible desde cualquier ángulo. Éramos dos en la vida de Eliana. Un boxeador cuya imagen refulgía en un afiche: un boxeador en posición de guardia defensiva. Los dos guantes altos delante de la ñata nariz; sus ojos casi cerrados por los golpes y las piernas calzadas en zapatillas hasta media canilla, y encima del afiche las doradas letras que decían: **El Tigre del Sur-Campeón del Pacífico**. El otro era yo.

El tal tigre con su arrecho nombre, con Eliana en esa posición de pájaros en vuelo disparatado, daba vuelta a la milagrosa esquina del barrio como dos globos inflados que se van volando rumbo al cine por delante de un bazar de telas cuyo turco propietario mantenía el portón de metal como una boca abierta hasta casi las diez de la noche. El Tigre del Sur circunvaló la arista de la manzana cargando con el cuerpo sin grandes protuberancias de la menudísima mujer que era Eliana, muy suavemente, con una fuerza invisible que parecía escrita en una canción que decía lo que pesan dos soledades juntas.

La garúa mojaba las chirriantes aceras; salí del edificio de peldaños deshilachados y al dejar mi cuarto lo hice abandonando los ladridos quejumbrosos de mi perrita Laika. Desenganchando mi saco de un clavo, le había dado la última mirada a mi cama de remolinos tibios, de frazadas de lejana muda, mirando el polvo acumulado como costra acumulada en las superpuestas hojas de la persiana. Era un edificio de ventanas tapadas de viejas persianas, pintado de azul eléctrico; afuera alumbraba eso de escurridísimamente penumbroso que son los focos de los postes cuando el viento de agosto va y viene inusualmente. El Tigre, que también vivía allí, había llegado como el reflejo de una estrella para irse con Eliana al cine trotando por la oscuridad de la noche.

Por supuesto que me peiné con un peine de cacho de toro que saqué del bolsillo fundillero, delineando con cuidado la raya en mi cabeza. Yo había salido

rumbo al cine Fénix pensando en un radiante día de un mes de enero, cuando, como ya sabemos, era una noche de un venteado y plomizo agosto. Y Eliana había apagado la luz de su piecita de arreglo coqueto esfumando la luz anaranjada que flotó hasta esa hora en el dintel de la puerta; había terminado de acicalarse, de pintorrearse en la escalera. Mejor dicho, en algún momento, los tres habíamos salido a la calle cuando en el cine había show.

A Eliana yo la apodé la sputnik porque cómo llamar a alguien que le gusta darle tantas vueltas a la manzana. Y Eliana por el borde exterior de la calzada solía girar como siempre, como el cometa Halley, regirando alrededor de los dormidos inmuebles, pero no esa noche, que, como dije, era noche de show en el cine.

El tal Tigre, un fortachón, además del apodo acojonante, llevaba, cual pelaje, una apretada camisa de seda, y de él flotaba entre nosotros eso: que logró pelear por la disputa de un boludo título en un torneo internacional en el puerto de Valparaíso. Y cuando había show en el cine se le salían todos los recuerdos; apurando el paso transportaba plumíferamente a Eliana como diciendo: no solo fui boxeador terrible en los cuadriláteros sino muchas cosas más, hasta posé para la propaganda que salió en el afiche de un perfume dentífrico.

Yo, además de criar una perrita de motas negras sobre el pelaje blanco, adornaba la pared de mi cuarto con el afiche de Yuri Gagarin, el resplandor de los avisos luminosos golpeaba la cara de ratón del astronauta que sonreía atisbando desde detrás de una metálica escafandra. Era noche de arreboles; la vida, la inmensa y querida galaxia en órbita, ingresaba a los fulgores de la ilusión y del espectáculo; ellos llevaban una decisión tomada y por más arrumacos y arrepentimientos que tuviesen ya no se iban a echar para atrás.

Entre la casa y el cine, en noche de show, se extendía una vida de por medio: cómo olvidar las gárgaras de doña Josefina y que la anciana se lavaba el cuerpo entero en una gigantesca palangana abollada, enjuagándose con una jarra aporcelanada; doña Josefina era de las que salía del edificio solo para una cosa: a misa con Eliana. Doña Josefina murió de una pulmonía fulminante por remojarse la cabeza a las cinco de la mañana un 30 de agosto, día de Santa Rosa. Se la llevó la santa. Eliana desde entonces vivía sola. Doña Josefina que fue su tía, pero más que tía casi una madre, falleció en olor a novenas y millones de avemarías rezadas con unción; se fue dejando a su sobrina Eliana solita en el desierto del mundo y con la obligación perentoria de conseguir trabajo. Doña Josefina cobraba una cesantía, pero los mil soles (que alguna vez fue un montón de plata, antes de la gran devaluación en el primer gobierno de Belaúnde) solo servía para una dieta de faquires: té Toro, a pasto, sarandajas y unas tremendas lornas fritas que doña Josefina freía hasta que alcanzaran consistencia de galleta.

El edificio se saturaba de tufo de pescado frito, eso sumado a la fetidez de la harina de anchoveta que todos llevábamos como sombrero, era como vivir como un bufeo en el fondo del mar y soñarse con Eliana, la sirena, velando el cadáver blancuzco de doña Josefina. El entierro fue un sábado y para el miércoles y por mediación de un viejo compadre de doña Josefina, Eliana conseguía trabajo de vendedora en la juguetería-locería propiedad de un chino que se movilizaba en moto. Eliana bordeaba los treinta y ocho y no había trabajado nunca antes en su vida.

Eliana tras el mostrador lucía cual pescadito de fantasía, había estado presa en el dogal de un traje negro que cargó como duelo riguroso desde el deceso de su padre, un tranviario que murió de hemiplejía, y fue paso trascendental de su nueva vida el no enfundarse en un segundo luto después de la muerte de doña Josefina. La casi cuarentona Eliana, nació en santa virginidad, con el olor al primer perfume que se puso en la vida, con su cara que despierta al recibir el primer color de los polvos y los anhelados coloretes; llevaba un traje de doblez conservador en la rodilla y plisado en la cintura, como recién fabricadita para el mundo a los treinta y ocho años de edad. La muerte de doña Josefina parecía una bendición que llegó tarde. Recibió su primer sueldo y se compró una botella de licor de menta, un radio transistor japonés, y fue todo un espectáculo verla sacando uno a uno del edificio los cachivaches de doña Josefina, que vendió en el negocio de trastes viejos que administraban dos viejas solteronas, las hermanas Baroni, hijas de un italiano loco que había sido en la década del treinta una especie de estrafalario inventor que tuvo como hobby el coleccionar llaves antiguas. Vendió el tocador, el ropero de tres puertas, la vieja máquina Singer, la palangana y la jarra de porcelana, y arrojó varios kilos de estampitas al acantilado; abandonó al interior de un confesionario todas las estatuillas de santos que había en su casa; se quedó solo con un catre de dos plazas (en donde durante treinta y un años había dormido doña Josefina) y tampoco vendió la vienesa. Eliana se sentaba en la mecedora, arropada con un chal, a escuchar boleros de Los Panchos hasta las dos de la madrugada y cuando apagaba la radio. A eso de las diez de la mañana abría la tienda, la juguetería-locería, que quedaba a dos cuadras del edificio azul y a una cuadra del bazar del turco.

La locería era indudablemente como una pecera: Eliana, uniformada con un traje-mandil color lúcumas, desplegando una invitante sonrisa hacia la acera, sonriendo durante un mes; luego recuperó su cara de mujer flagelada por los encierros y los sufrimientos de la esclavitud, de la lucha por la acumulación de indulgencias. No supo que caía en un mal mayor: en el tedio insufrible que reina en las jugueterías. En corto tiempo, Eliana era ya diestra vendedora; que una señora con un traje acampanado entre con un niño de pantalón corto y que

Eliana manipule con sus transparentes manos un soldadito de cuerda que dispara su ametralladora, o un xilófono de juguete con el que Eliana tocaba una canción pegajosa, un juego de bolos con bolas rojas; los juguetes en los andamios que cubrían las paredes, y en las vitrinas iluminadas con fluorescentes de neón estaban también en la cabeza de Eliana como al interior de una computadora. Eliana con un plumero de plumas de pavo sacudía trenes y triciclos, pelotas de fútbol y elefantitos de loza hasta que el sol huía de la tienda, hasta que ya de noche se iban vaciando las aceras y se despegaban los niños curiosos de las vitrinas que daban a la calle. El chino, el dueño de la juguetería, llegaba en su moto y recogía la plata de la caja. Eliana se quitaba el mandil y se ponía un traje con grandes flores rojas. El chino cerraba la tienda y le daba la llave a Eliana sin saber que un boxeador rondaba desde hacía semanas por las inmediaciones de la tienda, sobre todo de noche.

Así es, la noche era el Tigre del Sur. El Tigre era el de mucha gomina en el cabello y su cabeza espejeaba igualita a la de Carlos Gardel. Durante el día se encasquetaba una redecilla; como buen «morocho del abasto» sabía bailar el tango «empiernado»; debió de haberlo bailado con Eliana en alguna fiesta de carnaval; probablemente el Tigre del Sur fue un mujeriego de cuenta; lo decía él mismo: que había conquistado tantas mujeres como pelos tenía en la cabeza. Eliana lo sabía y mientras atendía en la locería imaginaba a su novio regresando a su casa al amanecer, después de picantes furtivas aventuras. El Tigre se echaba calato en la cama y sacaba de la mesa de noche un montón de revistas de ombli-gueras que se amontonaban entre zapatos, pantuflas, bacinicas y bolas de pelos. El Tigre imaginaba romances trepidantes con mujeres de apodos saltarines como la Mara, la Anakaona o con Tania la Salvaje. El Tigre del Sur se paraba de la cama y hacía flexiones mirándose en el espejo posando como fotografía de la revista Muscle Power; después apagaba la luz. En lugar de dar un felino salto en la oscuridad, se echaba a llorar en la cama envolviéndose la cabeza con la almohada. Al día siguiente se levantaba reconstruido y siempre diciendo lo mismo durante veinte años: que algún día llegaría a ser millonario. Los caminos que el Tigre del Sur eligió para llegar a ser millonario eran sumamente originales: sacar-se la polla, eso en primer lugar, ya que nadie sabía más de aprontes, de linajes de caballos y de arreglos y cambalaches entre jinetes que el Tigre del Sur estudiaba religiosamente; revisaba el programa hípico de las nueve a las diez de la mañana, hora que salía volando rumbo al Ramo de Loterías en busca del número que se había soñado la noche anterior. Era de corazonadas. A veces almorzaba, a veces no, según como estuviese su estado de ánimo. A las doce del día tomaba varias tandas de su trago preferido: cerveza negra con una gotitas de ron. Dormía largo la siesta. A las cinco de la tarde se levantaba a tomar el lonche y se iba a la dul-

cería de un panameño que había peleado en la Segunda Guerra mundial a las órdenes del general Omar Bradley. El Tigre del Sur, para no quedarse atrás, mientras comía su mazamorra, contaba que había trabajado como trapequista de circo en la carpa del circo Caballini, del que pasó al Berolina, antes de ser boxeador; quizás fue cachascanista más que boxeador, en todo caso se decía que el Tigre había hecho de pulsario en una época, en los intermedios de los cines de barrio, pero lo que sí era seguro es que había posado como modelo para fotos que se ampliaban y se imprimían en afiches como aquel que Eliana colgó en su cuarto. La cosa es que el Tigre siempre andaba buscando trabajo, siempre fue un misterio saber de qué vivía. Boxeaba. Eliana, la pequeña mujer que era su novia le hacía masajes con frotación Charcot para aliviarlo de los golpes.

La suya fue la corta escena de asedio y cacería antes de la consumación del amor. El Tigre del Sur rondaba en las noches por la tienda mirando a Eliana a través de los vidrios refulgentes de la vitrina como un niño que quiere ese juguete y ningún otro. Le hacía la guardia hasta las diez, hora que el portón de la tienda caía estrepitosamente. El Tigre se escondía metiéndose a la cantina de la esquina o a un callejoncito cercano. El chino arrancaba su moto y se iba metiendo estruendo. Eliana, luego de empolvase la nariz, empezaba a girar alrededor de la manzana. El Tigre del Sur caminaba a unos metros detrás de ella, noche tras noche, hasta que un día Eliana le aceptó que caminara a su lado. Y junto a ella, entre sombras nocturnas y hedores a aderezo que brotaban de los edificios, el Tigre no decía nada. Tenía estilo para expresar sus sentimientos. Era un experto escritor de cartas de amor. Eliana leía esas cartas en sus interminables horas en el mostrador de la juguetería y, cuando caminaban juntos por la calle, las frases de amor que antes habían sido escritas con letra dibujada caminaban con ellos como maceradas antes de romper el silencio. Nadie podía decir que no se le veía elegante al Tigre. Eliana se enamoró de sus brazos en camisas de manga corta, de sus bíceps; un mechón de vellos negros brotaba entre los botones de su camisa abierta. Eliana vivía enamorada de los brazos velludos del Tigre, que tenía pelos hasta en los dedos de las manos. Los silencios y las grandes frases dichas en esos paseos prepararon una declaración de amor pronunciada con voz ronca, ayudado el Tigre por lo previos tragos que había bebido en la chingana del barrio antes de declararse a la que fue su novia por cortísimo tiempo.

La verdad es que nunca había trabajado el Tigre en su vida. Nunca llegaron a casarse porque Eliana le reclamó que trabajara y como el Tigre no había nacido para trabajar los largos paseos terminaron en los gruesos lagrimones de Eliana, quien nunca borró de su memoria el día que cansada de llorar le dijo al Tigre que ya no quería seguir siendo su novia. Nunca le perdonó que por lo

menos hiciera un intento de trabajar, pero tampoco olvidó cada día memorable: el día que lo conoció, mejor dicho el día que él le habló por primera vez; el día que se le declaró, la vez que se dieron el primer beso en la boca. Siempre presentes cada una de esas fechas que Eliana festejaba sola y a su manera. Se resignó a vivir solo casada en el corazón, sin importarle que yo, su hijo lo lamentase.

Vivieron juntos treinta años; no se casaron; nadie puede censurar a Eliana. Yo fui el único hijo que tuvieron y por eso soy como soy. Ellos procrearon un romántico, un enamorado con cara de sábado en la noche, un empedernido soñador. Mi cabeza siempre estuvo llena de rojizos arboles. Ellos fueron mi origen y mi destino siempre pensé que sería la astrofísica, no podía ser de otra manera con padres como los míos. Desde que nací de la unión carnal de Eliana la juguetera y un boxeador apodado el Tigre del Sur, cada vez que yo miraba el cielo yo me decía como alguna vez se había dicho a sí mismo Von Braun: mi meta son las estrellas.

Pero la vida decide, terminé mirando el cielo y no las estrellas. Despegué el chiclets del somier de la cama, me lo metí a la boca y salí del edificio. Detrás de la esquina estaba el cine. Yo trabajaba de boleterero. Ya no era un jovencito; casi pierdo el trabajo cuando mi perrita Laika se metió en una película con Clark Gable y Dorothy Lamour; se armó tal bochinche y demoramos tanto en chapar a la perrita que casi se suspende la función de noche. Yo bordeaba la treintena y ya se imaginarán que viejos estarían Eliana y el Tigre del Sur, sin embargo si uno los veía en la penumbra de la calle parecían no haber cambiado. Él grandazo, ella menudita. Eliana seguía poniéndose sus trajes plisados y el Tigre sus camisas de manguita corta. Eliana decoraba su cara con una mezcla de colores rojo fuego y violeta tentación y además se ponía grandes pestañas postizas. El Tigre había encorvado la espalda pero aún se le veía macizo. Yo, como ya dije, era el boleterero del cine Fénix, y a pesar de todo había llegado a las estrellas; yo les conseguía a mis padres entradas gratis para el cine y esa era su gran distracción.

Todas las noches iban al cine: ellos salían primero a la calle y yo les daba el alcance y después de caminar juntos ellos esperaban una seña mía para entrar. Yo me paraba tras el cajón de los boletos, pegaba el chiclet a la madera, hacía un movimiento con la cabeza y mis viejos pasaban a sentarse en dos butacas de la última fila.

Eliana y su Tigre envejecían viendo cine gratis aunque repitieran el filme, era la única diversión que les quedaba en la vida. Pero, sobre todo, los días que ellos no faltaban al cine eran los días que había show. No se lo perdían así hubiera terremoto y Eliana estuviera con jaqueca, o el Tigre con la perseguidora. Eran días en que todo el barrio se ponía de cabeza y nuestra casa más de cabeza toda-

vía. En noches así se le veía a Eliana y al Tigre del Sur, bien peinados y entelados yéndose por la acera a ver el espectáculo.

—¿Van a cantar los Panchos? —había preguntado esa noche Eliana en la calle.

—Solo bailarinas que van a hacer la calatieri —había respondido el Tigre con una sonrisa picarona a medio viaje.

Yo, el boleterero, me mantenía firme en mi sitio, imperturbable en los lunes femeninos, en las películas «impropias para señoritas», los domingos en matiné, los jueves Santo, que exhibían la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, el trabajo se recargaba pero nunca como cuando había show de calatas. Se enroscaba una larguísima cola de gente como una enorme víbora y en la lucha por sacar boleto volaban los botones de las camisas y hasta a veces venía la policía a caballo, que aporreaba sin piedad. Como para sentirse importante, el que decide quién entra y quién no. Los viejos entraron, yo los hice pasar. Pero cuando fui a revisar la sala, Eliana y el Tigre del Sur no estaban en las butacas que solían ocupar. Me hice reemplazar en la boletería por el iluminador de sala y fui en su busca. Cómo no lo había pensado antes, los asientos eran numerados y probablemente los habían hecho volar del asiento. Para temer lo peor; jamás antes había pasado. Siempre se apoltronaban como un par de estatuas en su asiento. Ya iba a empezar la función y cuando entré a la sala comprobé estupefacto, que no era ni lo uno ni lo otro. Yo estaba por desmayarme porque ambos estaban subidos sobre el escenario.

Lo que había pasado es que ocuparon su asiento, y Eliana como lo había hecho durante los últimos treinta años le reclamó que no trabajara.

—¿Cuándo vas a trabajar? ¿Por qué no buscas trabajo? —había rogado la anciana señora.

El Tigre enfurecido se había parado del asiento y se había dirigido al escenario. Eliana lo había seguido.

Estaban allá arriba. En la sala había una atmósfera de sorpresa, un rumor que parecía decir: y a éstos espantapájaros qué les pasa; algo así como: ahorita nos empezamos a reír; hay que silbar, hay que aplaudir. Yo, rígido como una estatua de sal, clavado en la mitad del pasadizo, ya me desmayaba de tanto estupor.

Lentamente, el Tigre del Sur se quitó la camisa. Eliana, a corta distancia de él, parecía la *partenaire* del mago, del malabarista, y poco a poco el rumor de un enjambre atolondrado de moscones, que eso era el público, se fue aquietando. Quedó un silencio cargado de suspenso, tanto que parecía escucharse a lo lejos el redoble de un tambor. El Tigre del Sur hizo unos cortos y ligeros ejercicios de calentamiento flexionando piernas y brazos. Su musculatura despertó de un largo sueño y con la elasticidad de un salto primero y sorpresivo el Tigre dio varios

volatines apoyándose con las palmas de las manos en el suelo; sus piernas habían girado velozmente en forma de aspa; la velocidad y la facilidad de los volatines generaron un rumor de asombro.

De pronto el Tigre se quedó muy quieto. De cabeza, apoyado en sus manos. Pegando sus piernas alzadas en cámara lenta, permanecía parado de cabeza con la quijada hacia adelante. Había una tensión contenida en toda la sala ante ese cuerpo tan perfectamente rígido. El cuerpo del Tigre del Sur giró hacia adelante, sus pies tocaron el piso y, ante el asombro de la sala ya casi llena, dio un espectacular salto mortal y cayó parado. Agradeció con una venia y el público estalló en un sonoro y largo aplauso.

Era el boletero el que tenía que bajarlos pero yo estaba como petrificado.

Los aplausos no cesaban. Eliana, bailando, movía rítmicamente los brazos y las piernas, y de repente en medio de esa marejada de aplausos y silbidos irrumpió su voz cristalina como el vuelo de un lánguido pájaro. Un silencio grave se instaló en la sala, un silencio respetuoso; un extraño sentimiento de ternura parecía ir envolviendo los corazones como una enredadera de campanillas azules. Eliana cantaba:

*Como un rayito de luna  
en mis noches sin fortuna...*

La voz melodiosa surgía cargada de esa ternura que daba la sensación de haber permanecido guardada en el rincón más hermoso del corazón. Eliana había demorado treinta años en recorrer el trayecto entre el edificio azul de las persianas y el cine, y al llegar había trepado a ese escenario que era como la vida donde se recuperaba por momentos una juventud inigualable. Las mujeres lloraban y los hombres contenían las lágrimas.

Un hombre muy gordo, de pie, acercándose suavemente a mi hombro me susurró al oído, no a mí, al hijo, sino al boletero:

—¿Dígame, él no es el Tigre del Sur, el que fue famoso boxeador?

—El mismo —contesté—. Y su esposa es Eliana, la reina de las estrellas —añadí mientras dos lágrimas descendían por mis mejillas como por una calle silenciosa.

(De *El que pestañea muere*. Lima: La Vieja Morsa, 1981)

## FERNANDO AMPUERO

---

Fernando Ampuero del Bosque nació en Lima en 1949. Inició sus estudios en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica en 1970.

### OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

*Paren el mundo que acá me bajo.* Cuentos. Lima: Editorial Ari, 1972.

*Mamotreto.* Novela. Lima: Editorial Ari, 1974.

*Deliremos juntos.* Cuentos. Lima: Kosmos Editores, 1975.

*Miraflores Melody.* Novela. Lima: Serconsa Editores, 1979.

*Caramelo verde.* Novela. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 1992.

*Malos Modales.* Cuentos. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 1994.

*Bicho raro.* Cuentos. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 1996.

*Cuentos escogidos.* Cuentos. Lima: Alfaguara, 1999.

*El enano.* Novela. Lima: Mosca Azul Editores, 2001.